

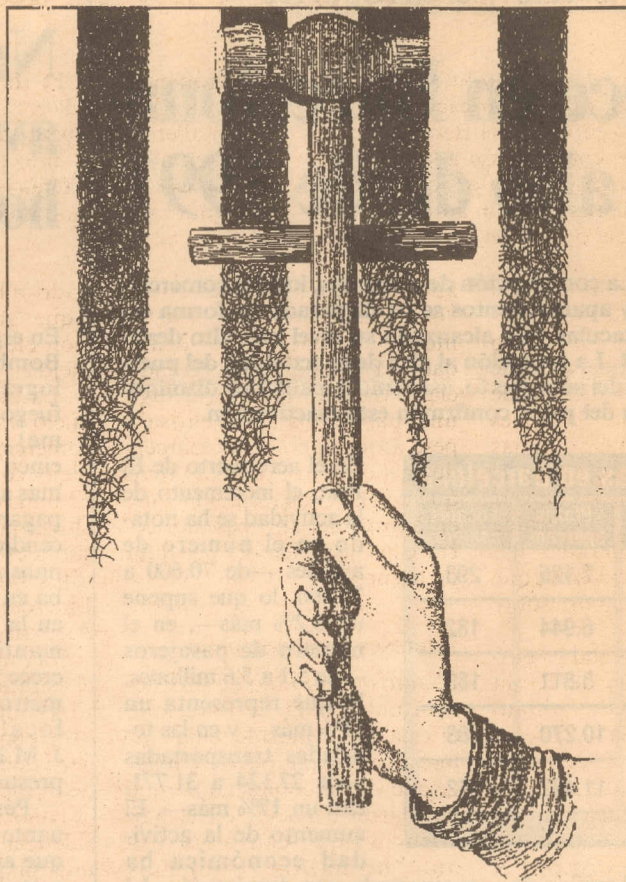
Alfonso Carlos Comín, en el recuerdo

JORDI GARCÍA-SOLER

Ayer, día 23 de julio, se cumplieron 15 años de la muerte de Alfonso Carlos Comín. Coincidiendo casi con este aniversario Edicions 62 acaba de publicar *Alfonso Comín, esperança en la història*, un interesante libro de Albert Marzá que constituye la primera biografía de quien fue uno de los más lúcidos dirigentes del antifranquismo catalán desde su juventud hasta su prematura muerte, poco después de la tan ansiada recuperación de las libertades. Comín fue, como ha escrito Josep Maria Huertas, "un hombre clave de la Cataluña moderna". Y lo fue y lo sigue siendo por su carácter paradigmático, no sólo porque fue uno de los más notables representantes de quienes siendo hijos de los vencedores tomaron decididamente partido por los vencidos, sino porque supo reflejar quizá mejor que nadie la reconciliación entre la fe cristiana vivida profundamente y el compromiso político en formaciones de izquierdas.

"Mitad Jesucristo, mitad Che Guevara", como en ocasiones fue definido, Alfonso Carlos Comín supo ser al mismo tiempo un creyente cristiano de arraigadas convicciones y un destacado dirigente marxista, ya fuese en sus juveniles militancias en el FOC (Front Obrer de Catalunya), luego en BR (Bandera Roja) y más tarde, hasta su muerte, en el PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya). Incluso para quienes, como yo mismo, no compartimos ni su fe religiosa ni su compromiso político, fue un ejemplo de entrega esforzada y entusiasta, de militancia humanista en el más amplio sentido del término. Y lo fue, por encima de todo, porque tenía por costumbre ir a la contra, por su espíritu radicalmente libre. A pesar de sus arraigadas convicciones religiosas —o tal vez porque éstas eran precisamente tan profundas—, fue un ejemplo de laicismo, de antidogmatismo y antifundamentalismo. Su doble compromiso, político y religioso, no estuvo en ningún momento sujeto a los condicionamientos de un credo o un dogma preestablecido.

Comunista en la Iglesia y católico en el partido, Comín supo dar un impagable ejemplo de honestidad personal, intelectual y política desde la profundidad de unas convicciones de las que jamás renegó y que impregnan su abundante obra, recogida por la fundación que lleva su nombre en siete volúmenes. Porque Comín no fue tan sólo un gran activista, sino también un pensador inteligente y lúcido, autor de una producción escrita considerable que con el tiempo ha ganado incluso más interés. Decía, por ejemplo: "No hay política sin ética. Política sin ética sólo es poder y el poder se ejerce sobre los seres humanos". Palabras que en tiempos de excesivo pragmatismo recobran todo su sentido, del mismo modo que su antidogmatismo, su antifundamentalismo, se da de bruces con la práctica política de la formación en la que militó hasta su misma muerte.



EDUARD ROSELLÓ

Intelectual siempre libre a pesar de su compromiso partidario, Comín fue en todo momento y circunstancia un hombre de debate y de diálogo, un hombre que sólo en las postrimerías de su corta vida pudo asistir esperando a la recuperación de las libertades y que para muchos, incluso desde la discrepancia, queda y quedará siempre como un gran ejemplo humano.

Pocos, muy pocos dirigentes de la izquierda catalana pueden presentar una biografía tan apasionante como la suya. Nacido en el seno de una familia de larga tradición carlista, supo hacer el difícil camino entre el bando de los vencedores y el de los vencidos en la guerra civil, optando ya desde su juventud por la militancia política en una formación tan inequívocamente de izquierdas como el FOC, semillero de tantos y tan desta-

cados dirigentes actuales de las formaciones políticas más variadas y al mismo tiempo germen innovador de la izquierda catalana. Combinó una vida política intensa con un trabajo intelectual de un notable peso específico, a la vez que supo entroncarse con el movimiento sindical sin renunciar por ello a promover la divulgación de la obra de Emmanuel Mounier y su pensamiento personalista, en el contexto de la esperanza abierta por Juan XXIII con el Concilio Vaticano II. Por espacio de más de 20 años, desde su inicial militancia juvenil hasta su muerte prematura apenas llegados a la meta volante del fin de la dictadura, Alfonso Carlos Comín fue para muchos un ejemplo de hombre en permanente tensión, de un ciudadano inquieto y siempre esperanzado, con la ilusión permanente de avanzar hacia mayores cotas de libertad y progreso, de justicia e igualdad.

A punto ya de cumplirse los 15 años de su muerte, el testimonio impagable de la vida y la obra de Alfonso Carlos Comín no puede ni debe olvidarse, no puede ni debe quedar en el baúl de los recuerdos. Su testimonio vital, al igual que su producción en libros y artículos, que afortunadamente han sido recogidos en los ya mentados siete volúmenes publicados por la fundación que lleva su nombre, constituyen un patrimonio de todos los demócratas de nuestro país y muy especialmente de la izquierda catalana. Un patrimonio eminentemente abierto al diálogo, antifundamentalista y antidogmático, un testimonio de aquel hombre apasionado y apasionante, solitario y solidario, siempre esperanzado, activo y reflexivo, que supo escribir con su vida y con su obra algunas de las páginas más bellas del antifranquismo. Incluso quienes dejamos de considerarnos cristianos hace ya muchos años y jamás hemos sido comunistas guardamos de Alfonso

Carlos Comín un recuerdo imborrable. El recuerdo de aquel hombre siempre en tensión, inquieto, abierto a todo, fiel a sus más profundas e íntimas convicciones políticas y religiosas, únicamente intolerante con la intolerancia. Un hombre de una dignidad ejemplar, testimonio fiel de quienes entendieron y entienden la política como un ejercicio ético de solidaridad. Un hombre que, con todas sus contradicciones, estuvo siempre y estaría ahora también contra todos los dogmas, contra todos los fundamentalismos, porque sólo desde esta posición intelectual y vital puede uno estar abierto permanentemente a la esperanza.

Jordi García-Soler es periodista y miembro del Consejo de Administración de la CCRTV por el PSC.